

María Martínez
El encanto del cuervo



NUEVA YORK, EN LA ACTUALIDAD

Abby miró de nuevo el reloj sobre la pizarra y empezó a dar golpecitos con el bolígrafo en el cuaderno al ritmo acompañado del segundero. La última clase del primer día de instituto se le estaba haciendo interminable. Se habían acabado las vacaciones y el nuevo curso había comenzado. Justo el mismo día que ella cumplía diecisiete años.

Por fin sonó el timbre.

Abby guardó sus cosas en la mochila y salió del aula, abrazando contra su pecho el álbum de fotos que sus amigos le habían regalado durante el almuerzo. Después de que soplara una vela torcida sobre una porción de pastel de carne.

—¡Abby, espera!

Abby se giró y vio a Gale cruzando el aparcamiento en su dirección. Bajó la mirada y se sonrojó, apenas podía resistirse a la sonrisa traviesa del chico. Sin embargo, en su vida nada duraba demasiado y encariñarse con alguien siempre le costaba lágrimas y muchas decepciones. Por esa razón, se había obligado a ignorar las miradas furtivas y el flirteo, las insinuaciones y las sonrisas cargadas de intenciones románticas.

—¿Qué ocurre?

—Nada, yo solo... Yo quería... —Tragó saliva y, tras un momento de duda, estiró el brazo con la palma de la mano hacia arriba—. ¡Feliz cumpleaños, Abby!

Abby se quedó mirando la cajita azul que sostenía.

—¿Es para mí?

—Sí.

—¿Qué es?

Gale sonrió de oreja a oreja y sacudió la cabeza.

—¿Por qué no la abres y lo descubres?

Abby se mordisqueó el labio y tomó la cajita. La abrió muy despacio mientras contenía el aliento. En su interior había una pulsera de plata, de la que colgaban unos dijez diminutos con distintas formas.

—¡Es preciosa! —susurró con las mejillas ardiendo. Arrugó la nariz y a continuación le devolvió la caja—. Lo siento, pero no puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

Abby lo miró a los ojos, sin saber muy bien cómo explicarle que no podía tomarla y correr el riesgo de que él pudiera malinterpretar su gesto y albergar esperanzas sobre una relación que nunca iría más allá de una amistad.

—Verás, Gale, eres un buen amigo y me gustas, pero solo como eso..., como amigo. No quiero que la pulsera te haga pensar otra cosa.

Gale forzó una sonrisa despreocupada y se encogió de hombros.

—Vale, me queda claro, pero aún quiero dártela.

—No sé si...

—Vamos, solo es un regalo de un amigo a su amiga. Y te dará suerte.

Una tímida sonrisa curvó los labios de Abby. Finalmente extendió el brazo y dejó que Gale le abrochara la pulsera.

—Gracias.

Gale asintió con la cabeza y su sonrisa se hizo más amplia.

—De nada. Llévala siempre contigo, es cierto que da suerte.

El sonido de un claxon los sobresaltó. Abby giró la cabeza y vio a su madre saludándola desde el coche. Se llamaba Grace, y llevaba un año y medio escribiendo artículos para una revista cultural. No ganaba mucho, pero el sueldo daba para pagar el alquiler y las facturas, y que de vez en cuando pudieran permitirse algún capricho. Lo mejor de todo era que a ella parecía gustarle ese trabajo y podía hacerlo desde casa.

Quizá por ese motivo habían dejado de mudarse.

Nunca permanecían en un mismo sitio más de cuatro meses. Su madre siempre acababa encontrando un trabajo mejor o una casa más barata en algún otro lugar, y volvían a marcharse con sus pocas pertenencias. A empezar de nuevo, otra vez. Ella siempre le prometía que aquella sería la última mudanza, el último colegio nuevo, y que la próxima vez todo iría mejor. Sin embargo, nunca cumplía su promesa. Durante quince años la arrastró por todos los estados de Estados Unidos y parte de Canadá, como si fueran una especie de Thelma y Louise. Entonces se trasladaron a Nueva York, su madre empezó a escribir y ella pudo hacer amigos, tener una taquilla decorada y participar por primera vez en un baile de fin de curso; en definitiva, tener una vida normal.

Abby se despidió de Gale y corrió al coche.

—Hola —saludó al subir.

—¿Qué tal el primer día?

—Bien —respondió mientras se abrochaba el cinturón.

Su madre puso el motor en marcha y abandonaron el aparcamiento.

—¿De qué hablabas con Gale? —le preguntó.



Abby agitó la mano y la pulsera tintineó.

—Me la ha regalado por mi cumpleaños.

—Es muy bonita —comentó. Le lanzó una mirada suspicaz—. ¿Estáis saliendo?

Abby dio un respingo.

—¿Qué? ¡No! Solo es un amigo.

—No es que me parezca mal, puedes salir con chicos, pero ya sabes que...

Abby asintió con la cabeza y apartó la mirada del parabrisas para posarla en la ventanilla. Inspiró hondo y soltó el aire muy despacio.

—Pensaba que esta ciudad sería la definitiva —susurró.

—Y puede que lo sea, Abby, pero nunca se sabe y hasta que estemos seguras de que este es nuestro lugar, es mejor no crear lazos que luego serán difíciles de romper. —Hizo una pausa y después añadió, cambiando de conversación—: ¿Sabías que cada una de esas figuritas es un símbolo de buena suerte?

Abby contempló con atención los dije de su pulsera y tomó entre los dedos un trébol de cuatro hojas. Sintió un escalofrío al acariciar el metal.

—Solo el trébol.

—Ese otro es un elefante hindú; con la trompa hacia arriba impide que la suerte se escape. El búho es uno de mis preferidos. Se cuenta que si encuentras uno y lo miras sin asustarlo, te traerá suerte de por vida y que tu fortuna bendicirá a los tuyos.

—¡Vaya! ¿Cuentan los del zoo? Porque en Central Park no he visto ninguno.

—No, supongo que no. La leyenda se refiere a los que descubres por casualidad. Un encuentro fortuito.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? Nunca me has parecido una persona supersticiosa.

Grace miró a su hija un instante y se concentró de nue-



vo en la carretera con una expresión más seria. Se apartó de la cara un mechón pelirrojo de su larga melena.

—Y no lo soy, ya me conoces. Investigué un poco para un reportaje, nada más. Era interesante —respondió mientras se detenía en un semáforo en rojo.

Abby tomó el búho entre los dedos.

—Pues me vendría bien encontrarme con uno. Como no dé con la forma de caerle bien a la señora Curley, creo que voy a suspender sus asignaturas.

—¿Quieres que hable con ella?

—No te preocupes, un par de herraduras solucionarán el problema. —Tocó la figura con esa forma—. Y si no me dan suerte, siempre puedo atizarle con una y provocarle amnesia.

Grace soltó una carcajada. Alargó el brazo y le dio un ligero apretón en la pierna.

—Pero a ti no te hace falta nada de eso, eres una muchachita muy afortunada que hoy cumple diecisiete años.

—¡Sí! —exclamó Abby. Levantó los puños en un gesto de victoria.

—¿Y eso qué significa?

—¡Compras!

—¡Sí! —gritaron al mismo tiempo.

Rompieron a reír cuando se percataron de que el policía de tráfico esperaba pacientemente a que pasaran el cruce. Los coches de detrás comenzaron a tocar el claxon de forma insistente.

—¡Vale, vale! En esta ciudad todo el mundo tiene prisa —se quejó Grace sin dejar de reír.

A media tarde comenzó a caer una fuerte lluvia, demasiado fría para finales de verano. El tiempo parecía haberse vuelto loco. Desde hacía días, las tormentas eléctricas se desataban sin previo aviso con una violencia huracanada.

De la mano, Abby y su madre corrían entre los charcos que se formaban en la acera, en busca de un lugar donde resguardarse. Al doblar la esquina, se toparon con una pequeña cafetería, repleta de vitrinas llenas de pasteles de distintos tamaños, formas y colores.

Entraron y ocuparon una mesa junto a la ventana. La lluvia caía cada vez con más fuerza, golpeando el cristal. Un grueso manto de nubes había oscurecido por completo la ciudad. Un relámpago iluminó la calle con un fogonazo deslumbrante, seguido de un trueno ensordecedor que retumbó en sus oídos. Las luces parpadearon un momento, pero se mantuvieron encendidas.

—¡Menuda tormenta! El tiempo está loco —dijo la camarera al acercarse a la mesa. Sacó una libreta y un bolígrafo de su delantal—. ¿Qué vais a tomar, chicas?

—¿Capuchino? —sugirió Abby a su madre. Esta asintió—. Dos capuchinos, por favor.

—Tenemos unos deliciosos pasteles de nata y caramelo, ¿os apetece probarlos?

Abby y su madre se miraron un segundo, sonrieron.

—Dos, por favor.

La camarera no tardó en regresar con una bandeja y dejó sobre la mesa un par de tazas, platos y cubiertos.

—Llamadme si necesitáis algo más.

—Gracias.

Comenzaron a comer mientras observaban a través del cristal salpicado de lluvia los contornos de las personas y los coches que iban de un lado a otro.

—Aún no me has dicho qué quieres como regalo de cumpleaños —comentó Grace. Abby se lamió el dorso de la mano, manchado de nata—. ¿No crees que ya eres mayorcita para eso? Usa la servilleta. —Abby le dedicó una mueca burlona y tomó el papel que ella le ofrecía—. Y bien, ¿no hay nada especial que quieras?

—Ya te has gastado una fortuna en la chaqueta que acabas de comprarme.

—Cincuenta dólares no es una fortuna, Abby.

—Para nosotras, sí.

—Me han dado un adelanto por el próximo artículo, podemos permitirnoslo.

Abby abrió mucho los ojos y se inclinó sobre la mesa.

—¿En serio? Eso es genial.

—Cada vez me ofrecen más páginas y es posible que pronto tenga una sección semanal.

—¿De verdad? —inquirió con un asomo de duda. El miedo a volver a mudarse seguía pesando sobre ella.

Su madre movió la cabeza con un gesto afirmativo y se lamió los labios tras beber un sorbo de café. Abby la miró sin parpadear. ¿Eso significaba que seguirían viviendo en Nueva York? Deseó que así fuera, porque no estaba segura de poder soportar otra espantada sin respuestas, más allá de las que siempre le repetía y que ya no resultaban tan creíbles como cuando era pequeña. No quería seguir siendo una nómada, no ahora que empezaba a saber qué se sentía al asentarse en un lugar.

—Sí, de verdad. Así que pídemelo lo que quieras.

Abby se mordisqueó el labio, indecisa. Se llevó la mano al cuello y acarició la medalla que colgaba de él.

—Hay algo que quiero.

—¿Y qué es?

—Háblame de mi padre.

Grace se echó hacia atrás con brusquedad.

—Me prometiste que no volverías a preguntarme por él —replicó dolida.

—Eso fue cuando tenía siete años, pero ahora quiero saber, mamá.

—¡Y para qué quieres saber, no lo conociste! —alzó la voz.

Abby pensó en la última conversación que había mantenido con ella sobre ese tema. Recordó lo nerviosa que se había puesto ante su insistencia y cómo la descubrió minutos después llorando en el baño, de una forma tan desgarradora que se asustó. Entonces prometió que no volvería a mencionarlo, pero su deseo de saber algo sobre la persona que la engendró había ido creciendo en su interior con el paso de los años, hasta convertirse en una necesidad física que la ahogaba.

—Por eso, porque no sé nada de él.

—No hay nada que saber, Abby, créeme.

—Mamá, por favor, lo necesito —le rogó con lágrimas en los ojos. Su madre negó sin apartar la vista de la ventana, como si de pronto la lluvia se hubiera convertido en algo fascinante para ella—. ¡Estás siendo injusta, solo piensas en ti! ¿Y qué hay de mí? Yo no tengo la culpa de lo que pasara entre vosotros y me tratas como si fuese la responsable.

Grace arrugó los labios con una mueca.

—Eso no es cierto, Abby, yo no te culpo de nada. ¿De verdad lo crees? —Abby asintió y se frotó las mejillas—. Oh, cariño, no te culpo de nada. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Entonces, cuéntame lo que ocurrió.

Hubo un largo silencio. Grace sabía que había sido injusta con Abby al no contarle nada sobre su padre, pero tenía motivos de sobra para haber enterrado ese tema de la forma en la que lo había hecho. Ahora su pequeña ya no era tan pequeña, sino toda una mujer que necesitaba saber quién era. Suspiró apesadumbrada.

—Lo conocí nada más terminar la universidad en Stanford...

—¿Cómo? —preguntó Abby, impaciente.

—De casualidad, supongo que como siempre ocurren estas cosas. Me habían ofrecido un trabajo en prácticas en

un periódico de Cleveland. El único requisito era que debía incorporarme al día siguiente. Encontré un vuelo directo a Boston, desde allí cogería otro a Cleveland y todo resuelto, pero esa noche se desató una tormenta de nieve tremenda y cerraron el aeropuerto. Recuerdo que hacía un frío insopor- table y yo solo llevaba una cazadora de entretiem- po. —Hizo una pausa y sonrió para sí misma—. Entonces apareció tu padre, alto, moreno, tan guapo que era imposible no fijarse en él. Se sentó a mi lado y me ofreció su abrigo. Pasamos toda la noche conversando. Era encantador, inteligente, el sueño de cualquier chica.

A Abby le latía el corazón cada vez más deprisa.

—¿Y qué pasó?

—Que no fui a Cleveland. —Abby abrió mucho los ojos—. ¡No me mires así! Yo también tuve una época loca e impulsiva. Cuando estaba con él, era como si otro yo se apoderara de mí. La felicidad era estar a su lado. —Hizo una pausa y tomó aliento—. Poco después me quedé embaraza- da, tú naciste y él desapareció. Eso es todo.

Abby parpadeó contrariada.

—¿Desapareció? ¿Quieres decir que... murió? —Por un momento, esa idea la horrorizó causándole un dolor de pérdida que no conocía.

—No murió —susurró Grace, y añadió con firmeza—: Nos abandonó.

Para Abby fue como un jarro de agua fría. Había imagi- nado muchas cosas, incluso que pudiera estar en la cárcel, condenado a cadena perpetua por algún delito muy grave. Sin embargo, jamás se le pasó por la cabeza que se hubiera desentendido de ella, que le importara tan poco tener una hija como para abandonarla nada más nacer.

—¿Cómo se llama? —preguntó con voz queda.

—Eso es lo de menos.

—¿Cuál es su nombre, mamá? —exigió Abby.

—Se llama Aaron, pero no pienso darte su apellido. No correré el riesgo de que cometas una locura y vayas en su busca.

—¿Nunca has querido saber por qué lo hizo?

—No, y creo que por hoy es suficiente —respondió, adoptando de nuevo una postura tensa—. Hoy es tu cumpleaños y no voy a permitir que nada lo estropee. Tienes un minuto para pensar qué regalo quieres, lo que tardo en ir al baño. —Sacó dinero de su bolsillo y se lo entregó—. Ten, paga la cuenta.

Abby cogió el billete y parpadeó para alejar las lágrimas que se arremolinaban bajo sus pestañas. Triste y desilusionada, se puso en pie y se acercó a la barra.

—La cuenta, por favor.

—Un momento, enseguida voy —gritó la camarera desde algún punto de la cocina.

La puerta repicó al abrirse. Entró un hombre vestido de negro y se acomodó en uno de los taburetes. Abby lo miró de reojo y no pudo evitar demorarse en la cicatriz que lucía en la mejilla. De repente, se dio cuenta de que el hombre también la miraba con demasiada atención y una expresión de sorpresa que no supo descifrar.

La camarera apareció en ese momento.

—¿Has pedido la cuenta, cielo?

—Sí, por favor.

Abby se volvió hacia la pared, cada vez más incómoda porque el hombre no dejaba de observarla.

—Son doce dólares —dijo la camarera.

Abby le entregó el billete y esperó impaciente mientras hacía girar entre los dedos la medalla que colgaba de su cuello desde que podía recordar. Ese gesto solía calmarla. Estiró el brazo para tomar el cambio y la marca de nacimiento que tenía en el codo quedó a la vista. De pronto, el hombre apareció a su lado y, sin previo aviso, la agarró por la muñeca.

—¡Eh, ¿qué hace?! —Se retorció para intentar soltarse, pero aquel hombre no parecía dispuesto a dejarla. Miraba boquiabierto la marca—. Suélteme.

Él recorrió su rostro con los ojos, como si tuviera delante un fantasma.

—Es imposible, pero el parecido es tan evidente que no puede ser una coincidencia —dijo con la respiración agitada.

—¡No sé quién es usted, así que suélteme de una vez!

—¿Oiga, qué está haciendo? —intervino la camarera.

—¡Eh, tú, apártate de mi hija! —gritó Grace.

Corrió hacia ellos. El hombre se giró hacia ella y sus ojos se abrieron cuando pudo ver su rostro. Frenó en seco y se le doblaron las rodillas. Estuvo a punto de caer al suelo. El hombre soltó a Abby y dio un par de pasos hacia Grace.

—¿Michelle? ¿Eres tú?

—Creo que me confunde —respondió ella. Agarró a Abby por el brazo y se dirigió a la salida.

—No me equivoco, eres tú. —Corrió y les cortó el paso—. Y ella es tu hija. ¡Dios mío, te fuiste porque...!

—Le repito que se equivoca de persona. —Lo cortó—. Apártese.

—No me creerá cuando le diga que te he encontrado.

—Déjeme salir o llamaré a la policía.

—¿Por qué le hiciste esto, Michelle? Él no se lo merecía, aún piensa en ti.

Grace parpadeó y, durante un segundo, su mirada se cruzó con la del hombre. Un atisbo de indecisión la iluminó, pero inmediatamente se recompuso.

—¡Por favor, que alguien llame a la policía! —gritó por encima de su hombro y apretó con fuerza la mano de Abby.

Él se cruzó de brazos y una sonrisa torcida asomó a sus labios.

—¿Sabe quién es su padre? —preguntó a Grace. Luego clavó sus ojos en Abby—. ¿Te ha dicho adónde perteneces?

—¡Déjanos en paz o juro que te arrepentirás! —gritó Grace fuera de sí.

—¡Eh, usted, ya ha oído a la señora, déjela en paz! —advirtió una voz masculina tras ellos. El cocinero había salido de detrás del mostrador y de su mano colgaba un cazo bastante grande.

El hombre lanzó una rápida mirada al cocinero. Se puso tenso y apretó los dientes con un tic en la mandíbula. Lentamente, se apartó y las dejó salir.

Nada más pisar la calle, Grace agarró con fuerza la mano de Abby y la obligó a correr, más y más deprisa cada vez. Sus pies se hundían en todos los charcos y el pelo mojado se le pegaba a la cara, impidiendo que viera con claridad.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué corremos?

—¡No te detengas, vamos! —la urgió sin dejar de mirar hacia atrás.

—¿Es por ese hombre? Pero si no nos sigue.

—No te pares, Abby.

—Hemos olvidado nuestras cosas en ese café.

—No importa, compraremos otras.

Llegaron hasta el coche.

—¡Sube, rápido! —gritó Grace.

Abby obedeció, demasiado aturdida para discutir. Su madre arrancó el coche, con verdaderos problemas para sincronizar las marchas, el embrague y el acelerador. El motor rugió y se pusieron en marcha con un sonoro chirriar de las ruedas. Avanzaron a toda velocidad, serpenteando peligrosamente entre el tráfico.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada, cariño, todo está bien —respondió sin apartar la vista del espejo retrovisor—. Cuando lleguemos a casa, quiero que guardes en una maleta lo más imprescindible.

—¿Por qué?
—Debemos marcharnos, esta misma noche.
—¡¿Qué?! Me estás asustando..., ¿quién era ese hombre? ¿De verdad te conoce?
—Ahora no, Abby.
—¡Mamá!
—Ahora no —le gritó.
Grace conducía cada vez más deprisa. En las curvas, el coche derrapaba invadiendo el carril contrario.
—Mamá, vas muy rápido, es peligroso.
—Nos sigue, debo despistarlo.
—Conoces a ese hombre, ¿verdad? —Sus miradas se cruzaron un instante y su madre asintió—. Pero ¡te ha llamado Michelle!
—Es una larga historia y te prometo que te la contaré. Te lo diré todo, pero no ahora, ¿de acuerdo? —Echó un vistazo al retrovisor—. Maldita sea, aún nos sigue.
—¿Qué quiere ese hombre de nosotras?
—No es él quien me preocupa.
—Entonces, ¿quién?
—Cuando llegemos al apartamento, recuerda, guarda solo lo imprescindible.
—¿Quién, mamá? —insistió Abby.
Grace gimió angustiada.
—He hecho mal. Hace tiempo que deberíamos haber hablado, pero tenía tanto miedo.
Esas palabras sorprendieron a Abby.
—¿Miedo de qué?
—Son tantas las cosas que no sabes... Creí que hacía lo mejor, pero ahora ya no estoy tan segura.
—Mamá, ¿de qué hablas?
—Fui una ilusa al pensar que podría protegerte para siempre. —Miró a su hija con un sentimiento de impotencia que le estrujaba el pecho.

Entonces, una furgoneta salió de la nada en medio del cruce. Grace dio un volantazo a la derecha, luego giró de forma brusca a la izquierda para evitar empotrarse contra otro vehículo, el coche hizo un trompo y chocó contra una farola, rebotó y volvió al centro del cruce, frente a un camión que iba a embestirlas.

Abby chilló y se cubrió la cara con los brazos.

—*Liberabit te!* —oyó que gritaba su madre.

Entonces sucedió algo extraño, sintió una fuerza tirando de ella hacia arriba y atravesó el metal como si estuviera hecho de aire.

Escuchó un fuerte estruendo, varios frenazos y un nuevo impacto, más violento que el anterior. Abrió los ojos, sin entender por qué no sentía el golpe ni dolor. Bajó la cabeza y se le paró el corazón; se encontraba suspendida en el aire, a varios metros de altura entre el cableado eléctrico. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Abajo, el paisaje era dantesco. Varios vehículos habían chocado en cadena y el camión quedó atravesado en medio del cruce. La gente corría de un lado a otro pidiendo auxilio a gritos.

Abby buscó con la mirada el coche de su madre, no lo veía por ninguna parte. Un leve destello azul llamó su atención, aguzó la vista y el mundo se detuvo. Allí estaba, convertido en un amasijo de hierros bajo el camión. Una mano inerte y ensangrentada sobresalía por el parabrisas.

—¡Mamá, no! ¡Mamá!

La cabeza comenzó a darle vueltas y a sus pies todo se desvaneció.